



En Valdivia no llueve VI

Convocatoria
2022



LOS LIBROS DEL GATO CAULLE



SEIS SON LAS LETRAS QUE COMPONEN LA PALABRA LLUVIA

- El seis es la suma de los tres primeros números $1 + 2 + 3 = 6$.
- El seis es, también, la multiplicación de los mismos $1 \times 2 \times 3 = 6$.
- Pitágoras lo observó y lo consideró el número de la suerte.
- Euclides lo llamó el número perfecto.
- Las Sefirot le asignaron la belleza y la gloria.
- El seis fue, para los druidas, el número sagrado.
- Seis son también las caras de un dado.
- El polígono de seis lados se denomina hexágono, cuyos ángulos son todos de 60° .
- Árabe, chino mandarín, español, francés, inglés y ruso, las seis lenguas oficiales de la ONU.
- Rey, dama, torre, alfil, caballo y peón, las seis piezas del ajedrez.
- Según la biblia, el seis es el número más perfecto de los imperfectos.
- El seis es el número creador por excelencia y toda la geometría sagrada está relacionada con esta cifra.



- Dios descansó el séptimo día después de trabajar durante seis.
- Pintura, escultura, arquitectura, música, danza y poesía, las seis artes tradicionales.
- Física, química, medicina, literatura, paz y economía, las seis categorías en los premios nobeles.
- Algunas personas creen en el sexto sentido.
- Seis son las cuerdas que tiene la guitarra.
- Seis por seis suman treinta y seis.
- Arriba, abajo, izquierda, derecha, adelante y atrás.
- *Six six six, the number of the beast.*
- Seis son las letras que componen la palabra lluvia.
- Y seis son las versiones del Valdivia no llueve.

LOS LIBROS DEL GATO CAULLE,
enero del 2023



BOCADOS

Heidi Böttcher Jorquera



Relato ganador

Siempre es lo mismo. Abre la boca y traga el anzuelo. Abre la boca y entra el mundo.

Yo nací con la boca cerrada, y aunque desde que fui alumbrado me pegaron para que la abriera, la mantuve siempre firmemente en clausura. Si me preguntan a qué ideal obedece tan excéntrica costumbre, no sabría qué decir: instinto. Nunca fui de los confiados. Si bien con el tiempo aprendí a usarla un poquito para hablar y masticar, siempre procuré no conceder a la apertura bucal más espacio del mínimo necesario para sobrevivir.

Claro que es posible. Se puede conversar sin peligro desde la superficie de la boca, siempre y cuando se respete, como principio inapelable, la respiración nasal. Lo bueno es que lo mismo cuenta para tareas deglutivas: se ha de comer

<
Notro
Embothrium
coccineum



someramente, tratando a cada bocado como si fuera un humano pasando por un canal de parto: nada más entra que el cuerpo vivo. Soy muy estricto en esto -he perdido por ello en más de una ocasión la oportunidad de hacer un excelente chiste en medio de una comida-, pero la verdad es que no hay otra salida. De lo contrario, es la catástrofe: en cualquier esquina te desconcentras un segundo, te ríes de alguna cosa, pongamos que de un perro gordito que cruza la calle, y sálvese quien pueda, porque apenas tu boca saborea el aire se activa el mecanismo, y te entra a presión todo un mundo, como si hubieras destapado una bañera repleta de agua sucia. Entonces es cuando giran las antenas y empiezas de pronto a soñar con publicidad de marcas de auto, dentífricos, aplicaciones de citas y refrigeradores, o con verte como alguien hegemónicamente hermoso, brillante, eternamente joven, en fin, toda clase de cosas espeluznantes.

Pero yo también soy humano y, aunque me cuide, el peligro está en todas partes. Esa vez estaba embotado el día, y yo iba caminando por la calle de la Isla que orilla al humedal, cuando me distraje (una piedra, parece) y caí dentro. No fue el dolor de la caída ni el rasguño de la totora, sino la ausencia de agua: no había esperado chocar



con suelo duro y árido. Ayer pantano burbujeante, hoy ripio estéril con olor a insecto. Finalmente, el último humedal fue drenado.

Tuve tanta pena que no alcanzó el llanto a trompicones (ese que se llora detrás de los labios y he certificado como seguro) sino que – horror – me atravesó el grito a rajatabla. Fui tan desgraciado que no resulté capaz siquiera de apretar los dientes después del primer ahogo, sino que me vi obligado a abrir la boca entera para sobrevivir al alarido ronco, que era mío, pero también del ripio pestilente y del agua sucia de bañera que comenzó a entrar a través de mis dientes. De pronto tuve suerte, me digo ahora, porque el dolor cesó apenas me inundó la modorra, giraron las antenas y llegaron los sueños: Sobre este terreno habrá pronto un edificio. Podré comprarme un lujoso departamento🍷



HANAMI

Luciano Benítez Leiva



☀ Mención honrosa

¿A Villa Los Avellanos? Subo no más. Tengo suerte de que el asiento delantero venga desocupado porque no soportaría sentarme atrás, arrinconado a la puerta con el temor de que se abra en cualquier curva cerrada, o apretado entre dos personas cuyos cuerpos colonizaron mejor que yo el tapiz de plástico y terciopelo, desarticulando mi columna, oprimiendo rodillas y hombros en una posición que debo mantener estoico todo el trayecto, aguantando incluso los cabezazos contra el techo en cada bache. Pero nada de eso sucederá ahora que puedo darme la gran vida. Estando disponible el asiento del copiloto me entrego a ser un *flâneur* del colectivo.

Pero no hay mucho que mirar tras el porfido humo de los caños consumiendo leña húmeda. Apenas distingo por la ventana la senda que

<
Maqui
Aristotelia chilensis



atravieso cotidianamente a mi hogar, anegada. Intento reconocer las figuritas de *Star Wars* sobre el tablero mientras me lamento de que el beat de la música radial se imponga a las canciones que he procurado seleccionar para salir. Derrotado guardo mis audífonos en la mochila y observo que sobre la rejilla del aire acondicionado, arriba de la palanca de cambios, hay una tablet que no muestra el mapa de la ruta —aquel es transmitido por el celular que se encuentra aferrado a un dispositivo plástico al lado izquierdo del volante— sino la película *Escuadrón Suicida*. Me admiro de su multitasking y pienso que a pesar de las variadas distracciones que le permiten congeniar ocio y trabajo de forma algo negligente, el chofer no ha pasado más luces rojas que cualquier otro que condujera concentrado escuchando, no sé, Radio Agricultura.

La magia del sur no se encuentra aquí; este invierno ha sido largo y me tiene cansadísimo, porque me hace depender del transporte público para evitar las pozas cuneteras que secos automovilistas despreocupados convierten en salpicaduras empapantes. El conductor apaga el limpiaparabrisas y algo de luz se asoma entre las oscuras nubes. Aprovecho un último semáforo rojo —ya voy llegando a destino— para observar



la mascarilla celeste llena de pelusas que cuelga del espejo retrovisor. De casualidad me doy cuenta que por el reflejo del espejo se ve a un niño que va de copiloto en un auto vecino. Se hurga la nariz despreocupadamente, lanza el moco con destreza y conversa con su chofer —a quien no puedo ver—, gesticulando entretenido palabras que no puedo oír. Su pequeña boca

moviéndose me transporta al niño que fui, a las preguntas que hice y nunca obtuvieron respuesta.

Por aquí no más. Muchas gracias. Buenas tardes. Parado en la vereda, me saca la mascarilla y respiro aliviado una mezcla pesada de humo y oxígeno. Camino e intento ignorar el ladrido de los malcriados perros vecinos. Ya en la esquina miro el bandejón central y las flores del escuálido cerezo brillan de un fucsia intenso. El aire se aliviana y dejo de ser inquisidor del transporte público para concentrarme en el recorte de los pétalos contra el brillo amarillento del cielo a medio abrir✿



EL DÍA DEL SOL NEGRO

Juan Francisco Araya



☀ Mención honrosa

Era un día soleado, luminoso, con un cielo despejado que auguraba un buen tiempo para esa mañana primaveral. Un bosque denso, repleto de vida, tapizaba las ondulantes colinas costeras, cruzadas por pequeños arroyos que bajaban al mar en estrechas quebradas. Numerosas flores de colores tapizaban el extremo del bosque que llegaba al mar, destilando un suave aroma en el ambiente, mientras desgastadas olas chocaban plácidamente en las arenosas playas. Cientos de focas, lobos y elefantes marinos, así como miles de aves costeras, retozaban lánguidamente en el amplio estuario, donde miles de años después aún fluiría el río Valdivia.

El primer relámpago, de una luz blanca en ceguedora, cruzó el horizonte en una fracción de segundo. Todo quedó en silencio. Instantes

<
Ulmo
Eucryphia
cordifolia



después un sonido bajo y estremecedor lo envolvió todo, resonando más allá de la entonces joven cordillera de los Andes. Innumerables animales escaparon sin control, presos de un súbito miedo, mientras que el murmullo de miles de aves volando sin orden se elevó en un retumbar insoportable. Solo entonces llegaron las ondas de impacto, que en cuestión de segundos replegaron toda la atmósfera del Pacífico Sur, barriendo la superficie del mar y los bosques costeros en miles de kilómetros. Las gigantescas olas del tsunami que después golpeó al litoral arrasaron con toda la vida y allanaron el territorio cientos de kilómetros tierra adentro.

Años después, el sol pleistocénico aún calentaba una costa prístina, estéril, donde el ser humano aún no dejaría huella en cientos de miles de años. La historia, perdida en el tiempo, fue sólo revelada durante estudios realizados por científicos en el fondo marino del Pacífico Sur. El impacto del bólido extraterrestre *Eltanin* en aguas abiertas frente a la Patagonia Chilena fue descubierto en 1981 debido a las inusuales concentraciones de residuos de Iridio (diagnóstico para meteoritos) encontrados en el suelo marino. El bólido, de entre 1 y 4 km de diámetro, ingresó a la atmósfera a 20 kilómetros por segundo, generando energía



en torno a los 80 gigatones —alrededor de 5 millones de veces la potencia de la bomba atómica de Hiroshima, de 16 kilotones— extinguiendo muchas especies e iniciando, posiblemente, el más reciente periodo glacial. Sin testigos para recordarlo, la oscura silueta de este evento dejó huellas en la geografía y biodiversidad de la costa del Pacífico Sur, propiciando el establecimiento de la actual flora y fauna en Chile. Aun considerando la rareza de estos eventos cósmicos, solo el tiempo dirá si el cielo vuelve a caer, esta vez, sobre nosotros 🌌



PASAR AGOSTO

Rodrigo Obreque Echeverría



☀ Mención honrosa

Cada día de julio fue para ti como un meme de Julio Iglesias, ese meme que de tanto repetir lo en vez de risa te provoca hastío.

Septiembre promete magnolios floridos, más horas de luz y la llegada de los fiofios, pero antes debes pasar un agosto que por el momento, ya re corrida la primera quincena, te ha repartido solo copas, espadas y bastos, ningún siete de oro.

Qué duro será transitar lo que queda de agosto ahora que te has dado cuenta de que no te quieres. Ahora que eres consciente de que toda tu vida has vivido como un personaje: un Dorian Gray sonriente, encantador y bien vestido; un Henry Jekyll que mantiene cautivo en el lado oscuro de su luna a tu verdadero yo, ese ser amargo, inseguro y egoísta que cada vez que bebe no se detiene hasta olvidar su nombre.

<
Olivillo
*Aextoxicon
punctatum*



¿Cómo sortearás agosto si en este preciso momento en que enfrentas la curva sientes ganas de estrellarte contra ese encino que está a un costado de la ruta a Niebla? ¿O de acelerar a 150 por hora y arrojarte al río Valdivia en uno de los miradores del camino?

Grita, baja los vidrios y grita hasta que te sangre la garganta, tal vez eso te aplaque. Súbele el volumen a *Entre dos tierras* -Déjame / que yo no tengo la culpa de verte caer- y grita, grita como nunca antes te lo has permitido, grita como si arrojaras una granada.

Suéltalo todo y estacionate en ese mirador al costado de la ruta y aclara tus ideas.

Baja del auto y contempla cómo fluye el río mientras avanza hacia el mar, siente el viento que sopla tibio y seca tus lágrimas, deja que el sol te alumbre el corazón en esta mañana miserable.

Por la tarde irás a buscarla al aeropuerto y le contarás todo lo que te está pasando. Ya intuyes que ella hablará primero y te dirá que ya no más, que esta vez fue la última, que te dejará. Tú piensas que está bien que así sea, que ya le has hecho suficiente daño, que ya no puedes prometerle que vas a cambiar, porque no sabes cómo hacerlo.

Te dices que será insoportable estar contigo a solas durante lo que queda de agosto y que con



seguridad los meses -¿los años?- que vienen serán igualmente intolerables. Y vuelves a gritar.

Dale, grita con fiereza, suelta el llanto, sigue gritando hasta que el cielo enrojezca. Que no te importe que los conductores que pasan por la ruta se te queden viendo. Deja que al menos esta vez la persona salga a escena y sea el personaje el que se queda tras la cortina.

Que esta mañana de agosto no te importe que te vean patético, la espalda encorvada, los ojos llorosos, las amalgamas en las muelas, los brazos que aletean mientras te acercas al borde para volar hacia el barranco*



COCHAYUYO

Jaime Ignacio Álvarez González



☀ Premio especial del público

Después de un rato se sacó los audífonos. Escuchó el silencio de la mañana, sintió el olor a café, miró los libros y anotaciones en el escritorio, el perro suspirando después de comer y unos niños gritando y corriendo en el piso de arriba.

Todo este tiempo transitaba entre mantenerse informado de lo que estaba pasando y escapar a alguna parte. Volver a la normalidad le daba angustia. Pensaba en la intensidad de lo que antes considerábamos cotidiano y somatizaba con taquicardia, igual que para el nacimiento que lo sacó del líquido amniótico antes de los 9 meses.

Extrañaba algunas cosas. Gozaba las miradas furtivas con otros hombres en la calle, sobre todo si éstas se extendían hasta después de haberse cruzado y obligaban a girar la cabeza, ocasión en la que las miradas se volvían a encontrar. A

<
Triwe
Laurelia
sempervirens



veces tenía días malos pero incluso ese azar era algo que dejaba entrever la sorpresa de la vida que ahora era inexistente.

Dejó de copiar, pegar y revisar. Tomó el café y caminó a la ventana buscando la complicidad del perro que ésta vez no lo siguió. Asomado por el balcón hacia la calle semidesierta, pensó.

Algunas personas pasaban por la vereda protegidas, una de ellas arrastrando un carro tapado con paños de cocina. Era una mujer grande, con pelo mal teñido y un amplio rostro que se dejaba entrever detrás una bandana de género. Llevaba ropa adecuada para el frío y se movía lento debido a la amplitud de sus piernas. Se detuvo frente al edificio y se quitó la bandana dejando su boca al aire libre. Instintivamente él se alejó del borde de la ventana mientras la miraba.

La mujer acomodó el carro en la vereda y movió los paños de cocina. Ella se acomodó, puso todo su peso sobre una sola pierna y gritó en medio del silencio. Vendía cochayuyos. Agrupaba los gritos de a tres y a veces intercalaba una palabra distinta para especificar la calidad o el bajo precio de su mercancía. Luego se callaba y miraba las puertas de los edificios. Repitió esta escena unas tres o cuatro veces.



Mientras veía esta escena, él pensó en el cochayuyo. La única vez que había comido cochayuyo fue cuando le pusieron una cazuela de algas en una isla perdida en un golfo del sur. Pero allí no había nada más que comer. Como la gente de esa isla la mujer no tenía mucho que elegir. Romper el silencio de otros. Y aunque gritó con fuerza nadie bajó.

Ella esperó en silencio unos minutos más y envolvió nuevamente la mercancía en los paños de cocina. Volvió a protegerse la nariz y la boca y caminó por la calle. Él volvió al escritorio donde mascó el pan con jamón y mantequilla que había dejado a medias.

En la calle, un organillero que pasaba los fines de semana, giraba la manivela de su instrumento que reproducía «La Jardinera» de Violeta Parra. Era lunes 🌸



CUANDO BALDIVIA ERA UN REINO

Sofía Aracely Muñoz Sahady



 Finalista

Las anteojeras que los tres caballos tenían co -
locadas estaban diseñadas con el escudo de la
casa real: dorado, siete hojas verdes rodeando el
borde de este, en el centro un río y sobre este asen
tado un torreón. Adornando el torreón una ban -
dera blanca con una cruz roja. Sobre el escudo un
yelmo dorado y encima de este una sierpe verde
que podía confundirse fácilmente con un dragón.

Las tres hermanas, una arriba de cada caballo,
galoparon por los llanos fuera del reino que era
su hogar.

Ana, la mayor por dieciséis minutos, quería
casarse con un hombre cariñoso y atento a las
necesidades de ella, pero no deseaba que él tam -
bién fuera parte de la realeza. Quería conocer a
alguien que la llevara lejos del palacio.

<
Costilla de vaca
Blechnum chilense



Agustina, la segunda en nacer, ansiaba aprender a cocinar platillos famosos de todos los continentes y hornear los pasteles más exóticos. Soñaba con viajar a otros reinos, pero sabía desde hace mucho que estaba atrapada para siempre en el suyo.

Antonia, quien por cosa de minutos nació al día siguiente que sus hermanas, en lugar de ser una princesa, deseaba poder luchar en las batallas como los soldados. A veces, durante las justas que se hacían, ella miraba ensimismada. El rey se sorprendía al ver que su hija menor ya mostraba interés en el otro sexo. Pero estaba en lo incorrecto: ella solo estaba emocionada de ver el combate e imaginarse siendo uno más de los caballeros.

No había, en ninguna de las hermanas, siquiera un pequeño atisbo de querer ser herederas. Ninguna quería reinar ni estar en una posición más alta que las otras dos, pero habían aprendido desde temprana edad que tenían que respetar los protocolos reales sin protestar.

Eso hasta que, tras cumplir los quince años y saber que pronto serían presentadas en sociedad frente a los herederos de otros reinos, y que su padre estaría preocupado de encontrarles un esposo digno de ellas, las tres hermanas tomaron



una decisión importante: se escaparían hacia otro continente.

—Cuando papá se entere va a matarnos —surró Agustina nerviosa, mordiéndose las uñas y dando golpes continuos al suelo con la punta de sus pies.

—No va a matarnos —le contestó Antonia —y si alguien intentara hacernos algo, tendré mi espada conmigo.

Ana las miraba desde el otro extremo de su habitación revisando críticamente sus vestidos; solo podría llevar dos y no podía decidir cuáles serían más cautivadores para un muchacho de Europa.

Cuando por fin lograron resolver cómo hacerlo, se escabulleron ágilmente y se subieron a sus caballos previamente ensillados. Los mozos de la caballeriza seguían durmiendo sin percatarse de lo que sucedía a su alrededor.

Las tres hermanas ahora salían de Baldivia como si el lugar se las hubiera tragado hace quince años y ahora las estuviera escupiendo lejos de allí.

Jamás hubieran presagiado que, diez semanas más tarde, durante una búsqueda exhaustiva, una espada forjada en hierro y un vestido carmín aparecerían desoladamente enterrados en una quebrada🌸



LAS ÁNIMAS

Gabriel Turén Roman



 Finalista

“...las ánimas del monte comenzarán ahora a levantar
sus amarillentos cráneos de entre las malezas que cubren sus fosas...;
¡las ánimas!, cuya sola vista puede helar de horror la sangre del más
valiente, tornar sus cabellos blancos o arrebatarle en el torbellino
de su fantástica carrera como una hoja que arrastra
el viento, sin que se sepa adónde.”

El Monte de las Ánimas - GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER

La micro toma el recorrido de siempre. Dobla,
miro el mural y doy mi respeto al loco chino.
Estamos en el sector de los muertos y aquí hay
que ofrendar.

Miro afuera de la ventana el angustiado: se
queda pegao mirando pa’ atrás en búsqueda de
un paco fantasma. ¿Cómo estai?, se saludan los
compadres que se acaban de ver en la micro y
comparten el asiento no solo de plástico, sino
también de huesa.

<
Copihue
Lapageria rosea



En estas calles el que reina no es la muerte,
sino el fantasma común y corriente.

Llego a la esquina del mural de Gasparín, el
fantasma amigable que es hinchista de Club de De-
portes Las Ánimas. Ahí están, los viejos bebiendo
lo que les queda de vida. De pronto el puente.
Picarte. Todo termina. Vuelvo al mundo de los
vivos✝





RIVALES

Constanza Panussis Lyon



 **Finalista**

Estoy en la fila del banco, esperando. Llamo a mi mamá para hacer hora, y le cuento algunas impresiones de Valdivia. Se parece *mucho* a Osorno, le digo. Apenas pude terminar la frase cuando de súbito se voltea el individuo que está delante de mí. No estoy para nada de acuerdo con esa opinión, dice categórico. Corto a mi madre con la excusa de que ya se acerca mi turno, y le contesto al entrometido que sí, que Valdivia sí se parece a Osorno. Le falta el puro toro de bronce, digo para provocarlo. Me causó ternura la defensa del honor valdiviano. Ese toro es horrible y tiene las pelotas pulidas de tanto que se las tocan. Solo a un degenerado se le puede ocurrir que hay que manosearle los testículos a una estatua para tener buena suerte.

<
Capachito
Jovellana punctata



La verdad es que no pude estar más de acuerdo con él.

Me explica que Osorno es la ciudad rival -usa esa palabra-, y me aconseja que no es conveniente andar vociferando que se parece a Valdivia. Sus ojos se achinan cuando lo dice, y me parece que me está coqueteando. Me cuenta que es imitador de Sandro y contador auditor. En ese orden. No le creí lo primero, pero solo para hacerlo discutir, le digo que siempre me ha gustado más Leonardo Favio, lo que es tremendamente falso. Arquea una ceja y me ofrece un cigarro. Estaba buscando el encendedor cuando la fila comienza a avanzar.

Nos miramos por última vez antes de ir cada uno con una cajera. Cuando termino de cobrar el cheque, mi rival ya no está. Salgo apurada al principio, como queriendo encontrarlo, pero pronto desacelero. Voy despacito, mirando el suelo valdiviano que nunca se alcanza a secar del todo. Y mientras enciendo el cigarro regalado, desde una radio AM se escucha a todo volumen: *Al final, la vida sigue igual*✿





EL CALOR DE LA PERLA

Bárbara Hortencia Vega Barrera



 **Finalista**

U nté las patas chuecas en el barro y sacudí mi pellejo desplanchado pa alcanzar la única micro que mermaba la llegada a mi destino, y cuando estaba a un metro de la victoriosa ascensión, el pedazo que me quedaba limpio terminó merendando bicharracos: mi rostro. En tanto el micrero se río de mi fortuna y se fue, y aunque agradezco la exfoliación cortés de la impetuosa noche de Valdivia, debo admitir que rogaba al cielo un poquito de piedad, y si no era mucha la molestia; una limusina con la calefacción a todo dar que me abrigara hasta el alma y diera sustentamento a mis tripas que, desde que salí del colegio, aullaban irritadas.

La mala cueca de vivir pal cerro- me decían algunos compañeros. Otros criticaban la jornada

<
Palmilla / Ampe
Lophosoria
quadripinnata



escolar exhaustiva a...Pero bue, na que hacer de manera instantánea.

Esa noche no tuve más opción que caminar modo rally hacia mi cueva, así que agarré tranco firme y sostuve mi dignidad como quien sostiene un fajo de billetes en Estación Central...Na, ni conozco Santiago, pero eso dicen las malas lenguas. Bueno, en esas iba yo, camine que camine por las calles oscuras de la perla del sur hasta que veo un almacén bien navideño que me inspiró a comprar unas galletas, después de todo, la plata del pasaje se iba a desperdiciar, pues doña micro no me supo valorar.

Las galletas estaban deliciosas o el hambre me hizo endiosarlas, de cualquier manera, lograron su cometido: serenar mi apetito. Mientras masticaba apurada las migas concluyentes, la dueña del negocio me ofreció un café sin importarle el que no me quedara ni un peso, le agradecí chorrocientas veces y retomé el rumbo. Di unos cuantos pasos tiritones por la interminable vereda sobre la que me hallaba y, de pronto, oí unos bocinazos a lo lejos, eran mis vecinos para nada próximos acompañados de los que parecían ser sus nietos.

Súbase mijita, que parece trapero. Nosotros la pasamos a dejar a su casa, su abuelita no hubiera aguantado ver a mis mocosos en plena calle a



estas horas y con las manos entumías-dijo la señora de pelito blanco a la que yo siempre miraba cuidar sus plantas como si fueran oro. No tenía idea de que conocía a mi abuela. Yo no la pensé ni dos segundos y me subí a su auto, parece que el cielo había escuchado mis súplicas.

Una travesía bien tertuliada es lo que recuerdo de aquellos kilómetros en auto con mis vecinos. Se había ido el frío, la desventura, la mala racha de ese día que me sacudió desde que salí del colegio con mi pulcro uniforme al que luego confundieron con un trapero. El almacén de las galletas es mi santuario de la merienda, ahora más amplio y navideño, conservando la misma dueña amorosa. Buen azar es el que tuve entre sureños calurosos, ellos me dieron cafecito y me llevaron a mi hogar. Y el chofer, hasta el día de hoy me pide disculpas.

Así da gusto🌸



LA REINA ISABEL VIVE EN PUNUCAPA

Rodrigo Valenzuela Abarca



 Finalista

La primera vez que tomé la micro que realiza el recorrido de Punucapa a Valdivia, jamás imaginé que conocería a la reina Isabel.

¡Ahí estaba en primera fila! – subiendo las escaleras- justo a un costado de la puerta delantera, sentada en el primer asiento que da al pasillo. Muy acomodada ella, con sus bultos y paquetes.

“El bastón de la realeza, la corona, sus alhajas” – pensaba yo, “debe llevar esta señora en esa ma-
raña de bolsas”, que fielmente la acompañaban
viaje tras viaje, en el asiento de al lado.

Sagradamente, hacia Valdivia y de regreso a Punucapa, ubicada en el primer asiento: la primera en subir, la primera en sentarse, saludando cordialmente (en la tele se veía más parca), con una sonrisa de oreja a oreja, a cuanto vecino y

<
Lingue
Persea lingue



vecina subía a la micro entre las siete y media y ocho de la mañana.

A las cuatro de la tarde, la micro llegaba puntual al paradero improvisado frente al obelisco de la avenida Alemania. Cual carruaje real, pasando por su alteza junto a sus séquitos, además del pueblo, que siempre subía al último.

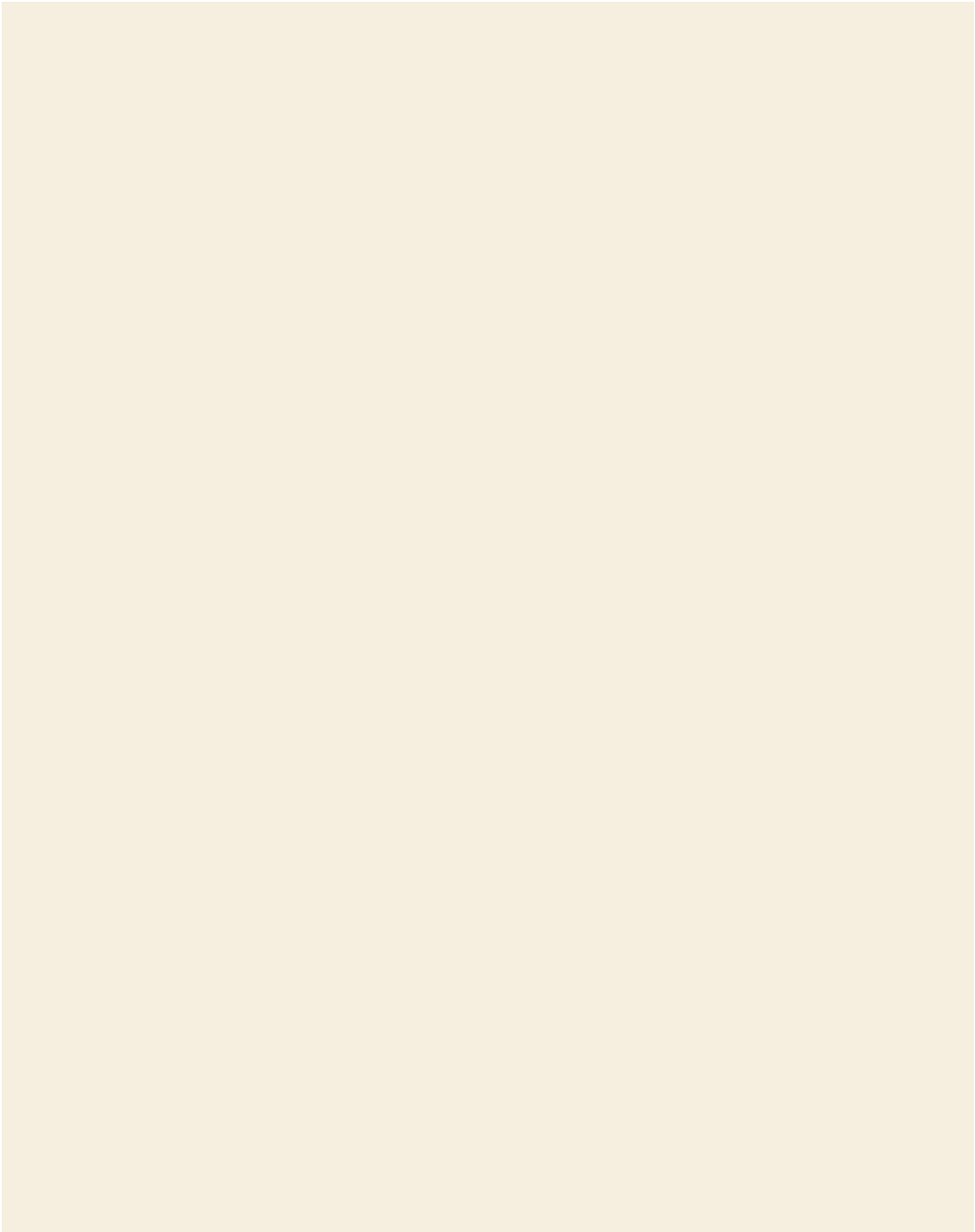
De regreso por la tarde, las bolsas asomaban otros contenidos: papas, detergente, papel higiénico, lo que parecía un bastón de la realeza era un plumero sintético comprado en los chinos. Además de las infaltables nalcas, que conseguía en cualquier estación del año. “Esto” me dije, lo hace sólo una reina.

Debo decir que no fui yo quien la descubrió. Me lo dijo otro vecino del barrio, copuchento como el sólo: ¡Jaime Guzmán!

– “Esa que va ahí es la reina de este lugar” me dijo en un tono de irónica advertencia.

– “Cuál es su nombre” le pregunté. – “Isabel” me respondió raudo. “No se le vaya a ocurrir vecino contarle algo, se enterará todo Valdivia”.

Yo reacio a creer, confirmé después de unos meses viajando en micro, que sí era la reina Isabel: nunca usaba mascarilla✿





Las
tipografías
utilizadas, fueron
el resultado de observar
láminas de naturalismo, de los
siglos xviii y xix, como una fórmula
gráfica, coherente con su época, no
la única, pero si una bastante presente,
que ha dejado un legado. El trabajo de
naturalistas como Marianne North, Mar-
garet Neilson Armstrong, Ernst Haeckel,
Claudio Gay y muchos otros, deja registro de
este universo maravilloso.

En Valdivia no llueve VI
se terminó de imprimir en
Valdivia en enero de 2023
en los talleres de Imprenta América
Fue impreso en papel *Bond ahuesado*
de 90 gramos
Para la portada se utilizó la
tipografía *Bodoni poster*
Para los textos de interior
se usó *FFScala*.